

# EL AMOR DE JESÚS

## LE LLEVA A HACERSE NUESTRO PAN

Jn 6,41-51

19º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo B)

Hoy en este encuentro continuamos con Jesús —en la Sinagoga de Cafarnaún—, que está en ese discurso tan importante explicando cómo Él es alimento, es pan, es comida. Vamos a escuchar el texto de Juan 6, versículo 41-51, donde no son los discípulos, sino son los judíos los que le critican porque se llama “Pan de vida”. Escuchamos con atención el texto:

*Entonces comenzaron a murmurar de Él los judíos porque había dicho: “Yo soy el Pan que ha bajado del cielo”. Y decían: “¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo dice ahora «He bajado del cielo»?”. Jesús respondió y les dijo: “No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí, si no le atrae el Padre que me ha enviado y Yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: «Y serán todos enseñados por Dios». Todo el que escucha al Padre y aprende su enseñanza viene a mí, porque nadie ve al Padre sino sólo aquel que procede de Dios; éste ve al Padre. Os lo aseguro: quien cree, tiene vida eterna. Yo soy el Pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo para que quien coma de él, no muera. Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente y el pan que Yo daré es mi carne para la vida del mundo”.*

Como hemos visto, los judíos, escuchando que ha sido y que dice que es Pan de vida, le critican y piensan: “Pero ¿no es éste el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo y que es Pan de vida?”. A Jesús le duele que no le entiendan, pero con todo amor y con toda entereza y con toda autoridad les dice: “Mirad, no critiquéis. Si no lo entendéis, no critiquéis. Nadie puede venir a mí si no es el Padre. Pero no critiquéis, no juzguéis lo que no entendéis. Porque bien sabéis que todo el que escucha lo que dice mi Padre, aprende y viene a mí. Si no lo entendéis, escuchadme y atendedme con otro amor y con otra acogida”. A Jesús le duele esta actitud, pero le viene incluso bien para enseñar a sus discípulos, a la gente, para enseñarte a ti y a mí, querido amigo, dónde está el verdadero camino y cuál es, y cómo es Él por dentro y lo que quiere: quiere llenarnos y quiere ser comida. En este texto se nos habla mucho de comida: “El que come mi pan tiene vida eterna”, “Yo le daré mi carne”, “Comerá...”. Y lo explica de muchas maneras. A ellos les explica cómo sus padres vinieron, comieron en el desierto y murieron porque su pan no era vida, no era fuerza.

Nos lleva a pensar mucho en nuestra comunión, en lo que es Él, en la Eucaristía, en qué hacemos. ¿Nos alimentan nuestras comuniones? Cuando vemos cómo Jesús

tiene esta idea tan maravillosa de darse en comida y en bebida... porque comprende que nuestra vida no puede ser una vida vegetativa, ni sensitiva, ni intelectual. Necesitamos una comida y una vida sobrenatural, y con todo amor inventa lo mejor de lo mejor: darse a sí mismo en comida y en bebida: “El que come mi pan vive eternamente y el pan que Yo le daré es la vida para el mundo”. La Eucaristía nace de su corazón. Piénsalo bien, querido amigo, nace del gran amor que nos tiene. Tiene necesidad de darse, quiere que apreciemos todo... pero Él se quiere quedar para compartir con nosotros nuestros bienes, nuestro tiempo, nuestra salud, nuestra vida. Él es siempre entregarse. Éste es Jesús.

Nos dice también en el texto de Juan, capítulo 13: “Sabido que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, se entregó y se dio en pan y comida”. Yo muchas veces me pregunto por qué Jesús tuvo esta idea y siempre, cuando lo miro desde su corazón, pienso: porque amaba muchísimo, como nadie. “Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. Esta comida tan fuerte, querido amigo, una vez más, no sólo es admiración por la Eucaristía hecha pan, por el Sagrario, que es la fuente de vida, sino también es pensar, querer, desear, llenarnos de ese amor. Porque Él es el río que mana, la fuente que mana, el río que fluye todo. Es la maravilla del agradecimiento.

Tú y yo hoy nos quedamos admirando a este Jesús que tanto nos quiere y llenándonos de su amor, llenándonos de su amor hasta el extremo. Para eso se bajó del cielo, para hacerse pan. Y contra esas tentaciones que tengamos de superar esas faltas de fe, esas faltas de desesperanza, esas faltas de amor, tenemos que ir y luchar para quedarnos con Él y sentir esa fuerza y no decepcionarnos nunca.

Querido amigo, ¡cuántas veces no pensamos ni agradecemos los grandes regalos que se nos da! Diariamente somos libres para alimentarnos; diariamente se nos da la vida, el pan, la comida, el pan que no pasa, la vida que no fenece; diariamente Jesús se presenta, pero a veces somos como estos judíos: lo enjuiciamos, lo criticamos, no entendemos... Y pienso que nos tenemos que dejar llevar por Él, que tenemos que dejarnos llevar por su palabra, por los acontecimientos que nos da, por los regalos, por la Eucaristía, por la oración.

Si Él es Luz, si Él es nuestro Pan, ¿seremos capaces de recorrer el camino en soledad y hambrientos de la verdadera vida? ¡Cuántas tentaciones tenemos!: el cansancio, la tibieza, el “qué más da”, el “ya iré”, la desesperanza, la atonía interior que tenemos... Y esa debilidad, esa anemia espiritual la recuperamos en la Eucaristía y la recuperamos cuando aprendemos a ir a Él, cuando creemos que es Él. Lo primero que nos pide es fe: “El Pan que Yo te daré es mi carne y es tu vida, ¿por qué dudas?”. Hoy le vamos a pedir mucha fe y mucho amor. Él se ha deshecho en amor y... ¡qué dureza de corazón la nuestra! Pero Él siempre nos ayuda... y nos dice... y nos guía con su espíritu, porque Él lo que quiere es llenarnos de gozo; de alegría nuestro camino.

Querido amigo, este encuentro es para agradecer al Señor, agradecer a Jesús el gran regalo que nos da, para escuchar una y otra vez: “Yo soy tu Pan. Yo soy tu comida. Ven a mí, aprende, cree”. Vamos a pedir a la Virgen que Ella, como Madre, nos ayude a

creer, nos ayude a alimentarnos bien, a no tener una vida anémica, floja, vacía, porque ni saboreamos, ni comemos, ni vamos a la verdadera fuente de la vida que eres Tú. La gran lección de la Eucaristía, la gran lección, el gran discurso que Tú nos estás dando para que aprendamos cómo eres.

Gracias, Jesús, por ser nuestro pan. Gracias, Jesús, por darnos la vida eterna. Gracias, Jesús, por atender nuestra falta de fe y nuestra falta de amor. Ayuda nuestra debilidad en todos los momentos. Empújanos a comer de ti, a llenarnos de ti, a comer ese maná que nunca perece, que baja de ti y que da vida para que nunca muera. ¡Ayúdame, Señor! ¡Ayúdame, Madre mía!

Que así sea.

**Francisca Sierra Gómez**